

2

Mónica Zwaig examina a través de un viaje por el territorio de las lenguas romances las paradojas de vivir en dos mundos distintos



3

El empresario Juan Padilla, fundador, junto a su familia, de Citric, es retratado en su recorrido vital por Pilar Padilla y Federico van Mameren



LA GACETA

LITERARIA

5a
SECCION

El género policial

Borges, la búsqueda de la verdad y *Modus operandi*, un libro que permite revisar la situación actual del género

♦ Por Santiago Sylvester
PARA LA GACETA - SALTA

Hace unos cuantos años mi comprovinciano, el salteño José Edmundo Clemente, me contó la siguiente anécdota.

A mediados del siglo pasado, como asesor de la editorial Emecé, Clemente creía oportuno publicar las obras completas de Borges; pero Bonifacio del Carril, dueño de la editorial, oponía cierta reticencia, dudando del éxito de esa publicación. Por entonces Borges dirigía, junto con Bioy Casares, precisamente en Emecé, la colección Séptimo Círculo dedicada a la novela policial; y una tarde Clemente, insistiendo en su propuesta, contó a del Carril por qué a Borges le interesaba el género policial: "Dice que, como la filosofía, busca la verdad". Aunque parezca increíble, fue el argumento definitivo que convenció al editor, y se publicaron aquellas obras completas de éxito inmediato. Hoy, seguramente, habría que invocar razones más comerciales, pero hay que aceptar que las épocas son distintas y los editores también.

Borges era por entonces el gran discutido de la literatura argentina, admirado y rechazado con vehemencia; pero lo que ahora interesa, no es ese debate ya terminado, sino que entre las razones que se esgrimían para discutirlo figuraba precisamente su interés por el género policial: se consideraba una prueba de su desinterés esteticista por la realidad y por el entorno argentino: "del olvido absoluto del hombre, de la esquematización de la realidad, del vacío vital". Este razonamiento puede leerse, por ejemplo, en el trabajo que Adolfo Prieto publicó en *Letras Universitarias*, Buenos Aires, 1954, y estuvo acompañado por casi toda la juventud universitaria que se expresaba a través de la revista *Contorno*.*

Es posible que con esos argumentos se estuviera pensando, sobre todo, en la versión inglesa de la novela policial, que solía desarrollarse en escenarios de alta alcurnia, con señores que tomaban el té, jugaban al criquet en un césped cuidado, y todo el misterio se resolvía con una inteligente lógica deductiva. Es el método usual de las novelas de Agatha Christie o Conan Doyle, y era la forma como se esclarecían los asuntos más escabrosos. Unos años antes, Thomas de Quincey, haciendo un despliegue de lo que se conoce como humor inglés, había explicado en "Del asesinato considerado como una de las bellas artes", por qué era reprochable cometer un asesinato: "Si uno empieza por permitirse un asesinato pronto no le da importancia a robar, del robo se pasa a la bebida y a la inobservancia del día del Señor, y se acaba por faltar a la buena educación y por dejar las cosas para el día siguiente." Como se



ve, totalmente inadmisibles; y para que las cosas no llegaran a tanto, ahí estaban Hércules Poirot con sus bigotitos apuntando al cielo y Sherlock Holmes tocando el violín, ambos sacando conclusiones y poniendo las cosas en su lugar. Éste era el clima general (caricaturizado, por supuesto) de la novela policial inglesa.

Sin embargo, revisando el catálogo de la colección Séptimo Círculo, puede verse que allí cabían, no sólo la lógica elegante y deductiva para llegar a la verdad, sino los suburbios duros de Dashiell Hammett o Raymond Chandler, ese mundo denso que ya había advertido Oscar Wilde cuando sentenció que los americanos extraen sus héroes de los bajos fondos. Y desde luego ya se había operado esa mutación que describió Chandler: "Hammett sacó el asesinato del jarrón veneciano y lo arrojó al callejón". Es la decoración que desde entonces predomina en este género áspero que describe sin delicadeza la sociedad, con una cuota bastante alta de cinismo y sin miedo a meterse en las zonas más sórdidas de la vida.

Modus operandi

La publicación de *Modus operandi*, una selección del cuento policial argentino contemporáneo, compilada por Fabián Soberón para Falta Envío Ediciones, de Tucumán, es un acontecimiento que permite revisar la situación actual de este género que, como todas las cosas, tiene cambios y adaptaciones a la época que le toca.

Veinticuatro autores de distintos lugares del país aportan un verdadero catálogo de posibilidades, y nos permiten asomarnos, no sólo a las variantes del género, sino tal vez y sobre todo a la sociedad actual. El prólogo analítico de Fabián Soberón resulta imprescindible para orientarse en el enjambre de fórmulas posibles que se nos presentan como un estallido. Transcribo un párrafo absolutamente esclarecedor de ese prólogo: "Los cuentos policiales piensan el presente, piensan el avance de la tecnología, los conflictos personales en tiempos de WhatsApp, la corrupción y las razones del crimen y, en este sentido, brindan una pequeña lumbre sobre las transformaciones culturales en el país, sobre los cambios en la intimidad, en las relaciones sociales, en las maneras de pensar la crueldad o el crimen, y conceden una leve luz en la penumbra de lo real". Una síntesis excelente de lo que ofrece el género policial en el mundo de hoy: las variantes sociológicas, y desde luego literarias, que están en la base de sus modificaciones.

Sigue en página 4...

Cuba, fascinación y espina

♦ Por Marcelo Gioffré
PARA LA GACETA - BUENOS AIRES

Viajé a Cuba a principios del milenio, fue la primera vez pero también la última, pues una serie de acontecimientos fueron construyendo un paredón de censura y distancia. Estuve quince días y deambulé por rutas desiertas, por las que cada muerte de obispo rugía un Lada destartado. Caminos por los que, en cada encrucijada, afloraban personas invocando la compasión de los pocos automovilistas disponibles mediante ademanes más o menos ostensibles, una práctica que en la Argentina se llama "hacer dedo" y en Cuba, "coger botella".

Recuerdo en la playa de Cárdenas a un grupo de jubilados canadienses alojados en mi hotel, cuya consternación se condensaba en la imposibilidad de llevar regalos a los nietos: "Nothing, there is nothing here", decían. Recuerdo mi asombro en Santa Clara al advertir un detalle inesperado en el famoso tren blindado en el que había viajado el Che Guevara: el piso era de madera. ¿Por qué las fuerzas de Batista no lo prendieron fuego por el piso, entonces, eludiendo de ese modo el blindaje? ¿Se-

ría verdad aquel famoso rumor según el cual la única batalla que ganó el Che no fue rigurosamente "ganada" sino "comprada" por el castrismo, motivo por el cual el jefe de las fuerzas oficialistas apareció al poco tiempo en Miami, dotado de bastante dinero que le abrió las puertas para hacer emprendimientos y llevar un pasar holgado?

Recuerdo también La Habana vieja mohosa, descascarada y llena de mendigos. Chicos y mujeres que nos abordaban no bien salíamos del hotel para pedirnos las mercaderías más elementales, dentífricos o biromes. O al empleado de la taquilla del castillo de los Tres reyes del Morro (que había servido de prisión para personajes insignes) que ofrecía a los turistas una entrada clandestina bajo el pago para él de la mitad de la tarifa.



Recuerdo al chofer de un remise que nos llevó un largo trayecto y, no bien tomó confianza, comenzó a hablar pestes del castrismo. "¿Por qué no te vas en una balsa?", le pregunté, ante lo cual me miró furioso y haciendo el gesto de la barba guerrillera sobre su mentón lampiño gritó: "¡Que se vaya él!".

Lo aludían pero no lo llamaban por su nombre, como si pesara un tabú, un límite en el cruce entre rabia y miedo. Este último fue tal vez el momento culminante del viaje, cuando entendí de un modo hondo y definitivo el amor de los cubanos a esa tierra y a las palabras que la nombran.

Ese desesperado amor, más de dos décadas después, lo encuentro, fulgurante, en *La Tierra y la palabra* (Aurora - Tucumán, 2023),

el libro de Vicente Echerrí, escritor exiliado en New York desde los años 80. El ensayista puertorriqueño Arcadio Díaz Quiñones, recuerda Rafael Rojas, fue el primero en trasladar al caso cubano la teoría de *salida, voz y lealtad* desarrollada por Albert Hirschman. En la categoría de salida o éxodo encontramos a Guillermo Cabrera Infante, Severo Sarduy o Jorge Mañach; en la de voz o disidencia, es decir quienes intentaron oponerse a la cancelación de la democracia y finalmente sucumbieron y tuvieron también que exiliarse, a Reinaldo Arenas (que se fue en el Mariel), Heberto Padilla (que sufrió un juicio paródico por haber escrito poesías que contenían alguna crítica y, luego de un tiempo en prisión, fue compelido a una forzada e infame retractación) o Zoé Valdez (a quien he sabido frecuentar en París); en cuanto al estatus de lealtad o silencio estuvo encarnado por un liberal escéptico, Virgilio Piñera, y por un nacionalista católico, José Lezama Lima, que mantuvieron cierta obediencia y sus críticas solo las formulaban en privado.

Sigue en página 2...

Un viaje por el territorio de las lenguas romances

la búsqueda del idioma materno y un examen del vínculo filial

NOVELA

LA INTERLENGUA
MÓNICA ZWAIG
(Blatt & Ríos – Buenos Aires)

La protagonista de esta novela, nacida en Francia de padres argentinos exiliados desde el año 75, vive en Buenos Aires, ciudad a la que llegó hace una década y que, por motivos poco claros para ella misma, nunca abandonó. En un curso de italiano con alumnos ansiosos por abandonar su país de origen para encontrar en Europa un futuro mejor, descubre que aprender una lengua es, inevitablemente, errar, y en el doble sentido de ese verbo se cifra parte de su historia.

El aprendizaje de ese nuevo idioma la lleva a emprender un viaje por el territorio de las lenguas romances -castellano, italiano y francés- para intentar descifrar el interrogante de cuál es su lengua materna, si el español de sus padres o el francés de su país natal, o ambas, mientras se pregunta cómo entender a una madre con la que no se comparte la lengua materna. Una flecha dirigida al cuerpo materno que, en su caso, empezó con el doble desarraigo. Si el idioma, dirá, es como el cuerpo, es en el corazón donde tiene su lugar, y la definición de "lenguas romances" lo expresa hermosamente.

Y es la experiencia de lo trans (ese movimiento que se desmarca



EL DESDOBLAMIENTO. Mónica Zwaig lleva a su personaje a enfrentar la paradoja de añorar lo que nunca vivió.

del origen tanto como del destino) la que la enfrenta a la paradoja de añorar lo que nunca vivió, aquello que los franceses llaman *bled*, la nostalgia por el país de origen de los padres, ese paraíso perdido que la hace llorar con cada gol de la Scaloneta o con el sonido de los bombos en una manifestación. Pero también la enfrenta al abismo de perder "la casa de la lengua", aunque fuera ella "la que se cortó sola la lengua."

Vivir en esa interlengua será, desde su experiencia como extranjera, quedar desnuda frente a desconocidos, en ese momento en que el lenguaje todavía es pura denotación, y descubre en aquellas expresiones intraducibles que la dejan a mitad de camino entre un idioma y otro, como un Dr. Jekyll, la experiencia del desdoblamiento, un lugar que a la vez le permite captar en los sonidos propios de cada lengua, el carácter que le imprime a sus hablantes (como la belleza del sonido "ch" y de las palabras que lo contienen) o en la falta de ciertas palabras, los límites para expresar determinados sentimientos.

La Final Francia-Argentina termina por alejarla de un novio cada vez más distante y de la pertenencia a una identidad blindada por el triunfo. "No vi venir este final", dice, refiriéndose no sólo al partido y a su pareja, sino al intento de hojear ese sentimiento de doble extranjería que la hace naufragar en el vacío.

© LA GACETA

MARÍA EUGENIA VILLALONGA ◆

Cuba, fascinación y espina

...Viene de página 1

Echerrí se inscribe en el segundo grupo: voz. Mantiene esa semántica del exilio ovidiano, que no atina a reemplazar su condición étnica de exiliado por la más cómoda y cosmopolita de inmigrante, y valientemente se alza como testigo insobornable de la "patria perdida".

Muchas veces hemos escuchado a algún argentino decir que otra habría sido la historia si las invasiones inglesas hubieran triunfado. Esa evocación melancólica, esa frustración que los izquierdistas llaman "cipayismo", tuvo un correlato en Cuba. Señala Echerrí que para la historia cubana pocos acontecimientos tienen la importancia de la toma de La Habana por los ingleses en 1762. El gobernador español, Juan de Prado Portocarrero (que era al parecer tan incompetente y corrupto como el Virrey del Río de la Plata, Sobremonte, cuando fueron las invasiones inglesas) desestimó las advertencias de un contrabandista que le avisó que los ingleses estaban pertrechándose en un sitio cercano. La Habana estaba desprotegida. El 6 de junio de aquel año, cuenta Echerrí, todo se detiene: de un lado los ingleses, que se asoman a una ciudad legendaria; del otro, los habaneros, que miran incrédulos una armada prodigiosa. Si La Habana no hubiera sido devuelta a España otra habría sido la historia, pero la historia no es lo que pudo haber sido sino lo que fue: hoy Cuba decanta estos dos siglos y medio con una nación desgarrada, con un país hundido en la ineficacia y el envilecimiento.

La fascinación de los intelectuales

Hay que buscar la génesis de la nación cubana en su relación un poco tóxica con España, que impuso cierto despotismo, y en la proximidad con Estados Unidos, casi siempre benéfica. Pero también corresponde rastrear la descomposición de ese sueño republicano en las desventuras del siglo XX. Si la revolución castrista tuvo un porvenir fue tal vez porque la clase alta cubana, la vieja aristocracia, perdió su batalla con una clase filisteo, canalla e inauténtica. Los nuevos ricos que se desentendieron de la cosa pública. El "choteo" que denunciara Jorge Mañach. El mito de la revolución se nutre de esa decadencia: fanáticos e inquisidores reescriben la historia.

En ese registro se inscribe, qué duda cabe, la fascinación de tantos intelectuales que inicialmente festejaron a esos barbudos como si fueran pequeños dioses. De Vargas Llosa a Sartre, de García Márquez a Saramago, en los años 60 se pensaba que en esa isla centroamericana se había implantado el paraíso en la tierra. Algunos se desencantaron rápidamente; otros, más tarde; unos pocos siguieron apoyando al régimen hasta su muerte. José "Pepe" Bianco, secretario de redacción de la *Revista Sur*, había viajado por primera vez en 1961, visitó a sus amigos Virgilio Piñera y José Rodríguez Feo y llegó a escribir, en una carta dirigida a Juan José Hernández que el pueblo estaba feliz "porque la revolución se ocupa de él como se ocuparía un padre ejemplar". Victoria Ocam-

po, propietaria de *Sur*, que ya miraba con malos ojos al castrismo, en el número 269 de la revista formuló una aclaración diciendo que Pepe había viajado a título personal y no en nombre de la revista. Bianco entonces renunció a su cargo en *Sur* y se malquistó con Victoria. Pero en 1968 Bianco hizo un segundo viaje a Cuba y allí fue testigo de la censura, las persecuciones ideológicas y la intolerancia. Despertó bruscamente de un ensueño. La esperanza en una democracia social estaba totalmente quebrada. Tres años más tarde, el 27 de abril de 1971 fue una fecha bisagra: el caso Padilla cortó de cuajo con aquel encantamiento y muchos de los intelectuales del mundo le quitaron su apoyo al régimen. Unos pocos quedaron aún apegados a una nostálgica fiesta que no existía: Julio Cortázar, tal vez porque lo extorsionaban; García Márquez, por amistad personal con Fidel, según me contó su amigo Plinio Apuleyo Mendoza; o Saramago, que muy tardíamente, solo un tiempo antes de su muerte, produjo la ruptura.

Cuando Echerrí dice que solo una catástrofe como esa mudanza de las clases aventajadas, de refinada a arribista, puede explicarnos el total envilecimiento de la sociedad y los esfuerzos tan pomposos como patéticos, en definitiva paródicos, de los exiliados, no pude evitar representarme la imagen de esos viejitos tenaces que infinidad de noches hicieron contrarrevoluciones imaginarias en la vereda tropical del Café Versailles, la capital cubana en el exilio de Miami.

Los poetas cubanos del siglo XIX fundaron la idea de "lo cubano" (la nación) en las bondades del clima y el paisaje. Todos esos poetas exiliados cantaban al paraíso perdido de una Cuba natural que no encontraban en sus lugares de exilio. En los exiliados actuales también reina la nostalgia hacia paisajes ya inexistentes. A punto tal que conozco un exiliado, si no más lúcido al menos más duro que los poetas, que suele decir que viaja mucho a Buenos Aires porque es la ciudad que hoy se parece más a La Habana que él conoció.

Un punto muy polémico es la apelación a la intervención norteamericana. En 1898 habían acudido para librarlos de la tutela española. La independencia cubana se gestó en Estados Unidos, en New York y New Orleans, con José Martí a la cabeza. Tal vez por eso era lógico suponer que volverían a salvarlos. "¿Cómo es que nuestros vecinos del norte nos dejan a merced de esta pandilla de gánsters comunistas?", dice el autor que se preguntaban los mismos

que, durante años, habían alzado su voz a favor del derecho a la autodeterminación. Pero los "vecinos" optaron por mantenerse distantes, salvo en algún caso específico como la crisis de los misiles, y los dejaron librados a su suerte. Sesenta años de espera infructuosa.

Interrogante crucial

El autor elabora una tesis sobre la idea misma de revolución. "La maldad esencial no es que Castro haya sido comunista, sino que haya sido revolucionario", nos dice, y alude a episodios anteriores como la caída del gobierno de Machado en 1933. Esta idea se encuentra en otros autores cubanos, incluso partidarios de la revolución y funcionarios, como Alejo Carpentier. Siempre me llamó la atención la contradicción entre *El siglo de las luces*, que da la idea de que cualquier revolución termina mal, termina siendo un régimen tan opresivo como el derrocado, y que es imposible revolucionar la revolución, como quería

Trotsky, y la propia actuación de Carpentier en el gobierno de Fidel Castro. Echerrí insinúa la idea de que detrás de toda revolución hay un criterio religioso. Por mi parte, no estoy tan seguro de que toda revolución sea inútil ni de que toda revolución termine mal, creo que hay momentos en la historia en que el orden jurídico torna imposible cualquier cambio y que ese es el momento en que corresponde cierta dosis de ruptura para suplantarlo por otro. Que no siempre terminan mal lo prueban las revoluciones inglesa y francesa, que si bien tuvieron pasajes inquietantes finalmente terminaron constituyendo un avance en dilación de las repúblicas liberales.

El punto más interesante de debate gira en torno a la pregunta de si Cuba se ha perdido definitivamente. ¿Es iluso pretender restaurar la nación? ¿Se puede vislumbrar un orden poscomunista? ¿Es posible la refundación de un civismo que garantice la necesidad moral que exige una restauración democrática? Rafael Rojas escribió un libro entero, *Tumbas sin sosiego*, alrededor de ese crucial interrogante, y en sus páginas de esperanza menguada piensa en una democracia sin nación y en un mercado sin república. La tragedia estaría en la imposibilidad de restituir la civilización de los padres: en ese contexto el cubano del mañana no se sentiría huérfano ni desorientado, ya que las huellas de su linaje le resultarían completamente ilegibles.

Es aquí donde Echerrí viene a hacer un aporte.

Siendo igualmente escéptico respecto de la restauración de Cuba tal como la habían conocido, piensa con más optimismo en una nación distinta pero relativamente eficaz. Para él el castrismo arrasó las tradiciones de un modo irreversible. Cuba es hoy una nación en dos orillas, desgarrada, pero todos esos seres miserables y desfigurados, que quedaron hundidos ahí adentro, literalmente aislados, siguen siendo hermanos en el sentido más profundo de la expresión. Sigue habiendo un territorio de comunión, un imaginario social instituyente desde el cual partir, un territorio con mitos, geografías y lenguajes comunes donde los que huyeron y los que se quedaron, la diáspora y los exiliados interiores, podrían reencontrar un destino posible.

Polémica sobre el Che

Sostuve al principio de este texto que una serie de acontecimientos me impidieron volver a Cuba y, aun a riesgo de ser autorreferencial, no puedo terminar sin ahondar en esa peripécia, cuyas resonancias nos hablan de una fascinación tardía, un anacronismo patético, una anorexia discursiva. En 2005 escribí en el diario *La Nación* una nota que se titulaba *Los fracasos del Che*. Un poco por casualidad me había topado en Buenos Aires con el hermano de Jorge "Loro" Vázquez Viaña, mítico guerrillero que había combatido con el Che en Bolivia, y me hizo una confesión sorprendente. Él, que había estado tan cerca, creía que el Che peleaba por motivos terapéuticos: nunca había tenido un ataque de asma mientras estaba combatiendo. Ese dato me llevó a escribir el artículo, que desató todo tipo de iracundias e insultos. "Hasta el asma, siempre", me gritaban los menos ofendidos. Uno de los biógrafos del Che, "Pacho" O'Donnell, intentó refutarme con un artículo en el mismo diario. Un hijo del Che, Camilo Guevara, escribió una contestación violenta en otro diario argentino, *Página/12*, que ya por entonces tenía una línea populista. El embajador cubano en la Argentina, cuyo apellido se repetía como un hipo, González González, quiso también terciar en la discusión, pero a falta de tribunas locales que aceptaran su queja escribió en un conocido diario italiano. Zoé Valdez, desde París, salió en mi defensa en un periódico francés.

Poco tiempo después de semejante escándalo, un amigo, el historiador José Ignacio García Hamilton, sufrió una situación muy desagradable: le habían otorgado la visa pero se la revocaron en la propia oficina de migraciones al querer entrar a Cuba. La mujer podía entrar; él, no. Firmé entonces una solicitud por la libertad de Cuba. Desde entonces supuse verosímelmente que habría un legajo, parecido a esos que se ven en el final del film *La vida de los otros*, con mi nombre y, al lado, estampado un sello de censura.

© LA GACETA

Marcelo Gioffré – Escritor, periodista y abogado. Colabora habitualmente en *La Nación* y *LA GACETA*, entre otros medios.



Un empresario de su tierra y de su familia

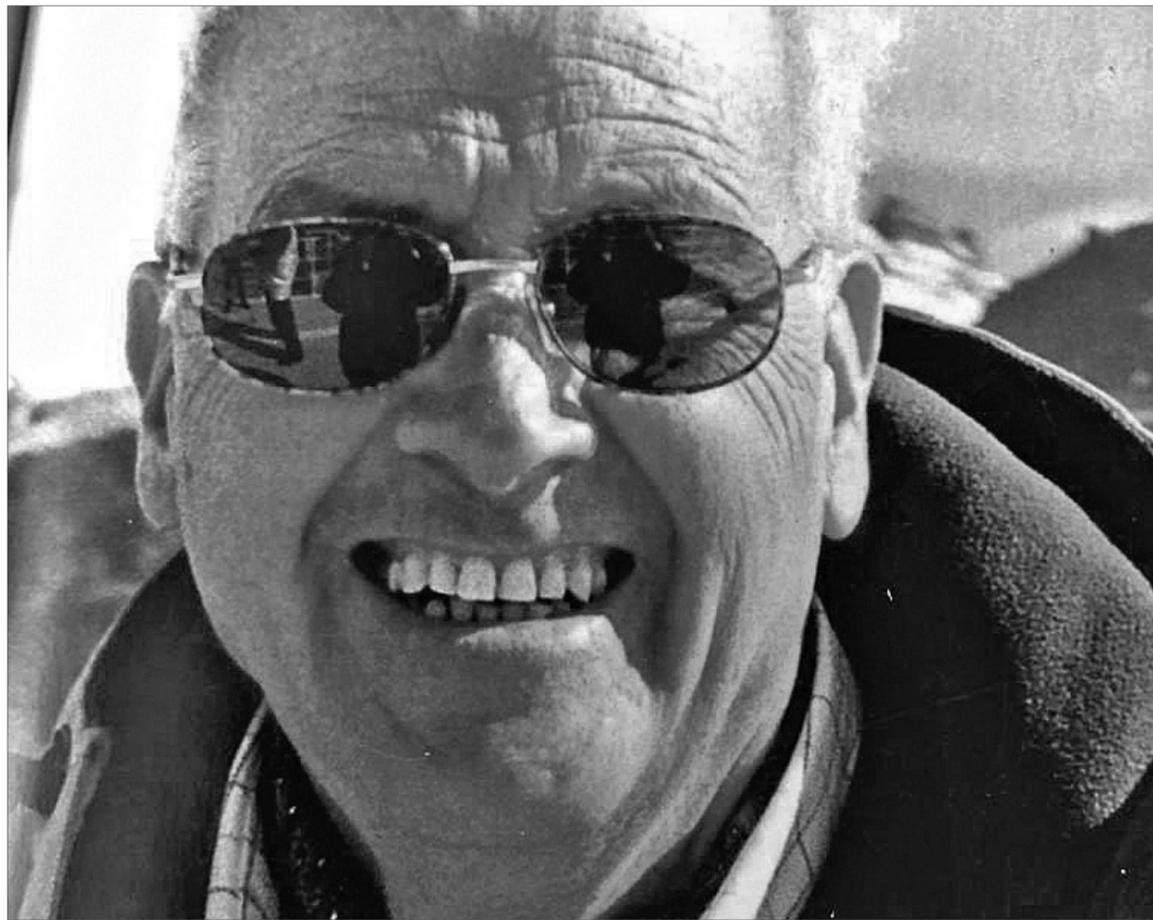
recorrido por la vida de un hombre que dio luz a un emprendimiento como Citric que es un clásico argentino

PERFIL

DON JUAN
PILAR PADILLA Y FEDERICO VAN MAMEREN
(Retinta - Tucumán)

¿De dónde vengo? ¿Quién soy? ¿Hacia dónde voy? Tales son los interrogantes esenciales que nos interpelan a lo largo de la vida según los griegos. La vida de Juan Padilla parece haber estado signada por la constante búsqueda de estas respuestas y este juego dialéctico puede ser una pista para explicar la abundancia de sus frutos. *Don Juan* es el relato delicioso de su itinerario vital escrito a dos manos por Federico Diego van Mameren, su yerno periodista, y Pilar Padilla, su hija.

Desde su infancia en un solar al lado de la Casa Histórica acompañada por vueltas a la Plaza Independencia, pasando por su fugaz paso por la facultad de Medicina, hasta desembarcar en la geografía central de su laboriosa arquitectura existencial: la Quebrada de Lules. En el trasiego de sus páginas nos son develadas una a una las claves de vida del fundador de Citric. Cada mojón de su camino es narrado con gracia y sin artificios, evidenciando las recurrencias y las originalidades de su recorrido: su iniciación a la vida de baqueano de la mano de su omnipresente abuela Lola, su lanzamiento como emprendedor de campo impulsado por su suegro Enrique García Hamilton y por las invaluable enseñanzas de Juan Herrero, el amor de Silvia, la llegada de los hijos, su paso por la intendencia de Lules. Así, poco a poco la historia desgrana los logros y los avatares de Juan, cuyo nombre fue sujeto a metamorfosis circulares, como si de un espejo móvil se tratase. Juancito, Juan, Don Juan, según la vida pasaba. ¿Qué vas a hacer, Juancito? La pregunta formulada a quemarropa por su padre Miguel Ángel en su primera juventud funcionando siempre como el hilo de Ariadna en su propio laberinto interior. Y él siempre encontró la respuesta en su amada tierra de Lules y en sus querencias. Recorrer los surcos a la mañana,



ITINERARIO VITAL. Juan Padilla es retratado en sus búsquedas y emprendimientos, en su laboriosa arquitectura existencial.

DON JUAN*

POR MARÍA PILAR PADILLA Y FEDERICO VAN MAMEREN

No pasó mucho tiempo. Tal vez fueron horas, tal vez días. Pero fue lo suficientemente poco para que la preocupación no llegara a la garganta, pero fue lo suficientemente mucho para que Juan se diera cuenta que la palabra fracaso guardaba una oportunidad. Si se le sacaba las dos primeras letras quedaba un "acaso" que significa un quizás, una oportunidad.

*Fragmento.

saludar a sus limones y sus naranjas, mirar a sus empleados a los ojos usando pocos vocablos pero llenos de sentido, entender el valor de su historia, aprender el secreto lenguaje de la naturaleza, cultivar la escucha, confiar y decir que no, se insinúan como bases en su sis-

tema de decisiones que le permitieron tanto recuperar las tierras de sus gloriosos antepasados expandiendo los cítricos de la Finca El Carmen en geografías impensadas como más tarde fundar junto a su prole Citric, la marca de jugos naturales que ya es un clásico argen-

tino. Al igual que los dos gómeros históricos que dan sombra a la Casa de Lules, Juan Padilla -el hijo, el hermano, el padre, el empleador, el intendente, el agricultor, el empresario, el abuelo- hundió sus raíces en su suelo pero sus ramas miran al cielo. Al final de las pá-

ginas descubrimos que las personas y sus enseñanzas, el trabajo y el campo son las partículas elementales con la que está hecho Don Juan.

© LA GACETA

SOLANA COLOMBRES ♦

PERFILES

Juan Padilla (Tucumán, 1940 – Buenos Aires, 2024) fue uno de los empresarios más destacados de Tucumán. Creó Citric, la fábrica de jugos exprimidos que hoy posee el 10% del mercado interno, y exporta a China, Uruguay, Chile y Ecuador. En 2016, cuando la familia vendió el 50% del paquete accionario de la firma El Carmen SA a la compañía de origen guatemalteco Livsmart, Citric tenía instalaciones en cuatro locaciones distintas (Lules, Chajarí -Entre Ríos-, Buenos Aires y Brasil) y empleaba a alrededor de 250 personas. En su paso por la política, Padilla fue intendente Lules y luego concejal de esa ciudad. También fue miembro de la Estación Experimental, de la Junta de Regantes, de la Asociación Tucumana de Citrus y uno de los impulsores de la creación de la Fundación para Albergues Infantiles (FAI).

Federico Diego van Mameren nació en Tucumán en 1965. Ingresó en LA GACETA en 1986 donde actualmente es el secretario a cargo de la Redacción. Es además columnista político y conductor de "Panorama Tucumano", de LA GACETA Play y jurado de los premios de Adepa. Ha sido productor del programa televisivo Ciudadanos y profesor de Redacción Periodística en la UNSTA.

María Pilar Padilla nació en Tucumán en 1970. Es licenciada en Psicología de la Universidad Nacional de Tucumán. Se desempeña como psicoterapeuta familiar, especialista en práctica colaborativa y dialógica y es miembro del consejo directivo del Colegio de Psicólogos de Tucumán. Ha organizado y participado en numerosos congresos. En el 2017 fundó, junto a una de sus hijas, "Tafi Terra", un proyecto de kokedamas.

Un relato extremo y un pequeño tratado sobre el perdón

la verdad que anida en los secretos familiares

NOUVELLE

DESOLACIÓN
JULIA LEIGH
(Fiordo - Buenos Aires)

Con un título abrumador y un diseño de tapa que lo refleja, en el que una enorme piedra pende sobre un campo vacío bajo un cielo amenazante, esta nouvelle de la consagrada escritora australiana Julia Leigh, deviene una cachetada a la sensibilidad del lector con la delicada condensación de la mejor poesía.

Tragedias familiares

Una mujer llega desde Australia con sus dos hijos pequeños y su brazo derecho en cabestrillo a la señorial casona paterna en la campiña francesa, después de largos años de ausencia, al mismo tiempo que su hermano y su cuñada llegan del hospital con su bebé muerta recién nacida. La mujer, que así se la nombra a lo largo del relato, ha entrado en la casa por una pequeña puerta lateral alentando a su hijo de nueve años a romperla a topetazos, y esa distancia con el dolor filial es la que permite a florar los detalles con los que se va rear-

DESOLACIÓN*

POR JULIA LEIGH

A la mañana siguiente, temprano, Sophie estaba levantada y caminaba por el jardín. Llevaba el bulto en brazos. Su avance era lento, casi cauteloso. A cada paso apoyaba el talón y desplegaba el largo de su pie en un movimiento similar a una onda que no provocara, que no debía provocar, ningún sacudón sísmico. Detrás de ella había un rastro de huellas casi perfecta sobre el rocío. Un mirlo solitario cantó, como queriendo confirmar que todo aquello existía. Y si quedó esperando hasta oír una respuesta.

*Fragmento.

PERFIL

Julia Leigh nació en Sidney, en 1970. Es novelista y directora de cine. Tiene un doctorado en Literatura de la Universidad de Adelaida. Su largometraje *La bella durmiente* compitió en el Festival de Cannes. Con su novela *Desquiet* ganó el premio Encore en 2009. Su novela *El cazador* fue llevada al cine con el film homónimo protagonizado por Willem Dafoe.

mando una historia familiar minada de pequeñas y grandes tragedias.

Con diálogos mínimos y frases apenas enunciadas, la narración va exhibiendo las marcas de la desolación, como la que impide a los dolientes padres enterrar a su hija o la que impulsa a los hijos de la mujer

a escapar en un bote del horror que anida en la casa de su abuela y de ese paradisíaco jardín plagado de flores como un gran cementerio. Y con escenas cinematográficas de una gran potencia, encuadra las imágenes con las que arma el rompecabezas de lo siniestro, aquello del orden de lo familiar que no

debía ser mostrado, cuando lo íntimo se torna extraño y lo extraño se vuelve familiar.

Y es la mirada infantil la que desautomatiza lo que el sentido común opaca, revelando, a través de sus grietas, la verdad que anida en los secretos familiares y en las provocaciones, todo lo que no debía ser dicho. Y que exhibe el artificio que encierra aquello que la costumbre naturaliza, como la maternidad, que lleva a la parturienta a portar a su hija muerta, el "bulto", como una muñeca con la que jugar a ser mamá o a la mujer, a descubrir con asombro en los movimientos de su mano izquierda, una gestualidad nueva y en ella, todo lo que el hábito esconde. Quizás, una teoría de la literatura para esta notable escritora en la que resuenan los principios del extrañamiento de los formalistas rusos.

Un relato extremo y bestial en el mejor de los sentidos que, entre muchas cosas, es un pequeño tratado sobre el perdón y la compasión, cuando una frase de cortesía dicha al pasar, *désolé*, "lo siento", lejos del estereotipo, en este texto, cobra un sentido profundo.

© LA GACETA

MARÍA EUGENIA VILLALONGA ♦

Una voz que interroga y cuestiona desde lo cotidiano

poesía de decir transparente, reflexivo y examinador

POESÍA

TIEMPO QUE BROTA
GABRIELA DUGUECH
(Lago editora - Córdoba)

diana que de las formas rígidas y codificadas".

Una voz poética que recuerda, que reflexiona desde la diversidad de las cosas, al modo de capas que aparecen y se suceden en el diario transitar, apelando a un lenguaje claro y a la vez sensible.

Su organización textual se ofrece como un mapa temático: el pasado, sus ancestros, o la injusticia, las migraciones, los refugiados, la mirada puesta en Ucrania, o la creación del universo después del Big Bang.

El texto se arrima a las calles, a lo urbano; todo acontece desde un decir que puede conmocionar, disintir. Propone conectarnos ostensiblemente con las experiencias de la realidad, a través de versos que recorren diferentes manifestaciones del tiempo.

Su escritura se despoja de lo alambicado en la búsqueda consciente de un lenguaje sin "asperezas"; si algo supera el orden del conocimiento cotidiano, llega la nota al pie, aclarando las razones y origen de determinado poema.

Su geografía poética se expande en diversas situaciones; la concibe como una ventana que proyecta su interior profundo: "Me sumerjo": Me sumerjo/me sumerjo/me sumerjo en lo originario/de la poesía/veo a lo lejos tu sonrisa/y ya nada nada/ me pasa. Se observa una predisposición a la mezcla de formatos, como cuando representa procesos creativos, al modo de una receta culinaria: Toma las palabras/ las enjuaga/ las desembicha/ las friega/ las descansa/ las salpimenta/ las calienta/ y sin quemarlas // las dispone/ en su punto justo/ para quien quiera/ servirse de ellas.

Una poesía que alejada de un lenguaje simbólico, elíptico, sienta sus bases en cierta particularidad consuetudinaria / sin impurezas arbitrarias, a través de una semántica de la transparencia con tono reflexivo.

© LA GACETA

LILIANA MASSARA ♦

Nuevas ficciones para el siglo XXI latinoamericano

◆ Por Carmen Perilli
PARA LA GACETA - TUCUMÁN

“Y se los tragó la selva”
La vorágine

“Las historias verdaderas no se cuentan”
Cristina Rivera Garza

En los finales del siglo XX, resurgió el debate de la autonomía de la literatura, cuestionando la función del autor, la propiedad de la obra y sus límites. Josefa Ludmer afirma que se puede hablar de literaturas postautónomas: “Muchas escrituras del presente atraviesan la frontera de la literatura ...y quedan afuera y adentro, como en posición diaspórica: afuera, pero atrapadas en su interior. Como si estuvieran ‘en éxodo’”. Habla de escrituras que “crean presente”, con fluidos contactos con lo no literario. Se otorga importancia al espacio y al archivo y, como dice Mizrahi, “pensar el espacio desde Latinoamérica significa pensar las lógicas coloniales y poscoloniales a la luz de las problemáticas específicas desde las cuales se territorializa la violencia colonial”.

Si hacemos un poco de historia observamos cambios en las representaciones. Hacia comienzos del XX surgió “la novela de la tierra” centrada en la naturaleza que documentaba la explotación del hombre: *La vorágine* de José Eustasio Rivera, *El río oscuro* de Alfredo Varela, *Las tierras blancas* de Juan José Manauta, etc. Estas ficciones regionalistas exponían la antinomia civilización / barbarie, denunciando la expoliación. Hacia mediados de siglo la narrativa del boom, reivindicando la autonomía literaria, construyó potentes metáforas del territorio: Comala, Macondo, etc. y se acercó al espacio a través del mito y la antropología.

En el hoy denominado Antropoceno, una serie de objetos culturales insisten sobre estas cuestiones desde otro lugar, de-construyendo las formas habituales. El continente se presenta como un botín, prolongando la imagen de su nacimiento. La modernidad exhibe la herida de la colonialidad y reaparecen conflictos no zanjados. El saqueo se vincula a la extracción y a la desterritorialización. Quizás una de las imágenes más explícitas de esta estética es la del “Mapa de Lopo Homem”, de la brasileña Adriana Varejão, un mapamundi atravesado por una gran cicatriz mal suturada, que ha



cbzcbz

quedado expuesta, salpicando gotas de sangre sobre las antiguas colonias.

En 2023 la *Fundación Proa* montó una exposición de arte denominada *El Dorado. Un territorio* donde se recorría nuestra historia, a través del mito. Desde el oro hasta los ajíes. La ruta de la papa, la papa de Víctor Grippo, la batata de Iván Argote y la pieza de Tania Candiani teñida de rojo con tinta de cochinilla. La fotografía de la familia indígena sobre la montaña de papa resulta impactante.

La desertificación se vincula con desplazamientos de grandes masas, sin re-

fugio, asediadas por el hambre y la violencia: El Caribe, el Darién, los Andes, los desiertos mexicanos son testigos de vidas y muertes.

En la literatura surgen obras que experimentan con la tradición como el *Libro centroamericano de los muertos* de Balam Rodrigo donde, en diálogo con la obra de Bartolomé de las Casas, el poeta trabaja en la relación entre poesía y ensayo, la matanza de centroamericanos emigrados en México. Otro texto híbrido es *Instrucciones para cruzar la frontera* de Luis Humberto Crosthwaite, entre re-

ceta y poema. En Triple Frontera Dreams, Douglas Diegues experimenta con el portugués, el guaraní y el inglés, para dar cuenta del “olor a incertidumbre” del límite. No se puede dejar de mencionar a Cristina Rivera Garza y su *Autobiografía del algodón*, donde inscribe la trágica historia del cultivo en el desierto mexicano, aprovechando la obra de José Revueltas. Samanta Schwebelin apela al gótico en *Distancia de rescate* que transforma a los agroquímicos en ominosa amenaza.

Una experiencia estética apasionante

es *La Compañía* de la mexicana Verónica Gerber Bicecci, un libro que parte de los pictogramas de la exposición de Manuel Felguerez *La máquina estética* y “El huésped” de Amparo Dávila, transformados en la parte a la parte del libro con fondo blanco y amenazantes figuras negras. Se desdobra en un lado b en negro en el que, a través de 100 fragmentos, se inscribe la crónica de la explotación del mercurio en San Felipe Nuevo Mercurio, un yacimiento que trajo riqueza y muerte. Relata la degradación mediante 100 fragmentos de informes estatales, testimonios, estudios geológicos, químicos, médicos, reportes de periódico. “La Compañía” es la empresa que, de modo misterioso, se traga todo, reduciendo al hombre a un rincón cada vez más pequeño: “Representarás para la Compañía algo así como un mueble que se acostumbra uno a ver en determinado sitio, pero que no causa la menor impresión”. Mapas y fotografías dan cuenta de este pequeño poblado de Zacatecas que devastó una de las industrias de extracción más grandes del hemisferio.

En un mundo complejo, la literatura y el arte pueden generar formas de confrontación de la comunidad consigo misma, proponiendo nuevas formas de articulación de palabras y cosas. Cambia la noción de ficción de los clásicos en los que realidad y ficción se definían como dominios separados. Gabriela Speranza habla de “ficciones errantes” que configuran un atlas portátil.

La instalación “Cóndor” del artista tucumano Marcos Figueroa, armada para la *IX Bienal Internacional de Arte Contemporáneo 2016* en Bolivia, muestra un ave que sobrevuela un territorio ficticio nacido de viejos mapas coloniales atravesados por alambres de púas. La obra incluye dos tramas de materialidades opuestas que, al ser activadas por un tercer elemento, generan un proceso de transformación apreciable en el tiempo. El dispositivo une un texto de alambres de púas donde se superponen mapas coloniales y en un segundo texto un velo dorado y flameante suspendido a distancia. Esta obra puede leerse como metáfora interpretativa de un probable trazado imaginario de América.

© LA GACETA

Carmen Perilli – Doctora en Letras, especialista en Literatura latinoamericana.

Las tribulaciones del verdadero periodismo

Alguien dijo una vez que los buenos Aperiódicos son los que enojan a una tercera parte de sus lectores, con la condición de que esa tercera parte no sea siempre la misma. ¿En qué sentido? El precepto, desafiante y curioso, nos obliga a imaginar, primero, los modos y las formas de ese enojo; porque una cosa es la reacción visceral ante el cinismo, la mentira o la simple vacuidad de los argumentos, y otra muy distinta la incomodidad que surge al constatar que nuestras convicciones no son tan sólidas como pensábamos, que hay alguien al acecho para sembrar la duda y recordarnos las zonas grises del pensamiento o de la realidad que preferimos barrer con frecuencia bajo la alfombra. A esta última, imagino, se referirá el autor desconocido de la frase: una forma de incomodidad que nos enoja, en el fondo, con nosotros mismos, porque desnuda nuestras flaquezas y nos impone el esfuerzo de pensar o repensar los temas.

La frase nos obliga a suponer, también,

que hay cierto tipo de lectores, los más idóneos, aquellos capaces de enojarse circunstancialmente con el medio sin sucumbir al impulso de abandonarlo. Lectores tolerantes por definición y predisuestos a desafiarse e inmolar ante el papel o la pantalla alguna que otra certeza. O descubrir y perdonarle al medio sus equivocaciones. Se conforma así un tal para cual que los relaciona productiva y enriquecedoramente.

Y hay, por contraste, un elemento denunciado en la misma frase: los medios y lectores que circulan por conductos ciegos de la realidad, no queriendo ver más que lo que satisface una oscura y viciosa pulsión: sentirse en todo momento confirmados, consumir una suerte de droga informativa que relaja y conforta, pero también adormece. Estos últimos son hoy una triste y pernicioso tendencia: medios de prensa que han ido desplazando como al descuido su legítima identidad ideológica y línea editorial hacia el seguidismo más o menos obsecuente de

◆ Por Juan Ángel Cabaleiro
PARA LA GACETA - TUCUMÁN

un determinado liderazgo político. Así, los medios, muchos, se han ido convirtiendo en la adormidera del pensamiento crítico, y sus consumidores en una pura receptividad conformista. ¿Desde cuándo? Supongo que en la era de las «redes sociales», entendidas en un sentido amplio, como redes que atrapan consumidores de una misma especie para formar comunidades virtuales de gustos y pensamientos afines. La humanidad segmentada para maximizar las estrategias de comercialización. Fue así que la realidad se convirtió en un variado jardín de senderos que se bifurcan, se contraen, se rozan a veces, pero casi nunca se mezclan. Se puede circular por ellos sin contradicción ni enojo, recogiendo los frutos y las flores de nuestro privado paraíso, la realidad cada vez más virtual en la que vivimos.

Vuelvo a la frase del inicio y me pregunto si ese enojo de una tercera parte

de los lectores, lejos de cualquier planificación o estrategia, no será consecuencia del liso y llano intento de hacer las cosas bien, honestamente, por parte de quienes escriben. Y si no pasa lo mismo con la vida individual de las personas, porque el hipócrita que dice siempre lo que otros quieren oír no tendrá dificultades en acumular adhesiones, pero quien anda por la vida diciendo crudamente la verdad, ofenderá a muchos y se ganará enemigos. Y me pregunto, por fin, si esta «regla del tercio enojado» podría valer de alguna manera más allá del periodismo: para el ejercicio del gobierno y de la docencia, para la literatura, para la amistad y para la vida, incluso.

PD: Sabato y Savater

Estas reflexiones me surgen por una noticia aparecida recientemente en España: que el filósofo Fernando Savater fue echado del diario *El País*, en el que colaboraba desde su fundación, en 1976. ¿Cuál fue la causa? Las duras críticas

verdades recientemente contra el diario fueron la gota que rebasó el vaso: según Savater, *El País* «pasó a convertirse en un risible epítome de la prensa al servicio de la política» y «se ha convertido en el portavoz del peor gobierno de la democracia». Pero había entre el escritor y el medio una disonancia creciente y de larga data, a mi juicio, el verdadero fundamento de su ostracismo. Savater, al igual que nuestro Ernesto Sabato en su momento y no muchos intelectuales más, cometió el único pecado imperdonable que rige en el ámbito de la cultura: condenar moralmente a la izquierda, denunciar sus barbaridades y estupideces. Ambos lo hicieron y fueron expulsados del paraíso mediático, descanonizados, condenados al olvido. No diré que fueron valientes ni enumeraré sus razones, para que nadie se enoje conmigo.

© LA GACETA

Juan Ángel Cabaleiro – Escritor.

El género policial

...viene de página 1

Lo que resulta evidente, leyendo estos cuentos, es que aquella anécdota de Clemente, con la que comencé estas líneas, ha perdido vigencia: el género policial ya no se preocupa necesariamente (tal vez la filosofía tampoco) por llegar a la verdad. La noción de verdad es lo que precisamente ha entrado en crisis, al menos en lo que tenía de indudable; de modo que toda verdad está en la inminencia de dejar de serlo, interferida por interpreta-

ciones y relatos. Tal vez habría que decir que lo que ha perdido vigencia es la idea de verdad absoluta, que no era otra cosa que la imposición, a toda la sociedad, de la opinión de un sector (religioso, político, económico, etc.); mientras que hoy, como un triunfo de la modernidad, con sus soluciones y sus nuevos problemas, estamos en plena vigencia de la verdad relativa; es decir, la verdad se ha vuelto discutible. Esta es la concepción filosófica predominante, de la que deriva el resto,

to, y que al parecer ha desembocado en este género.

Los veinticuatro cuentos de esta selección muestran, de distinta manera, las transformaciones de la sociedad, y quizás lo único que todavía resulta obligatorio, para que pueda hablarse de cuento o novela policial, es el escenario de violencia. Una violencia latente o explícita, que no siempre se esclarece, y que hasta puede encargarse al lector la tarea de resolverla. Por eso, volviendo a lo de Cle-

mente, tal vez resultaría cuestionable hacer una caracterización literaria con algo que, como la búsqueda de la verdad, produce en estos días tanta desconfianza y pareciera tener tan poca consistencia.

Esta antología, además de una colección de cuentos, todos bien escritos, todos interesantes, resulta ser un excelente aporte para conocer una cara del mundo actual; imprescindible para indagar las variaciones que trajo el tiempo a

este género que tiene todas las ganas, y todas las posibilidades, de seguir interesando a los lectores.

© LA GACETA

Santiago Sylvester – Miembro de número de la Academia Argentina de Letras.

* El trabajo de A. Prieto está recogido en Antiborges, de Martín Lafforgue, publicado por Jorge Vergara Editor, Buenos Aires, 1999.